
Su nombre era Aída

Mayela Eugenia Villalpando Aguilar

Doctora en Educación. Docente en el Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

mayela.villalpando@cips.edu.mx

Aída fue mi alumna hace veinte años y su nombre, de origen árabe, significa –La que regresa, la que ha de volver-. Ella era parte de un reducido grupo de jóvenes religiosas que estudiaban la Licenciatura en Ciencias de la Educación en una universidad privada. En esa carrera, yo atendía los cursos de Metodología de la Investigación, de segundo a noveno semestres y hacía el seguimiento del proyecto de tesis hasta su presentación en el examen profesional. Por esta continuidad a lo largo de los años, llegaba a conocer de manera cercana a mis estudiantes.

Aída era una persona singular, sensible y atenta a las necesidades de los demás. Bajita, de pelo negro muy lacio, hablaba rápido y usaba lentes desde muy chica. Como estudiante se mostraba preocupada, debido a la falta de tiempo suficiente para atender satisfactoriamente una larga lista de actividades. Por la mañana, se desempeñaba como auxiliar de docencia en la primaria perteneciente a su orden religiosa. Era responsable de elaborar material didáctico y, lo más importante, atender a los niños y niñas que presentaran dificultades de comportamiento o aprendizaje. Durante la tarde asistía a clases en la universidad, y por la noche, realizaba las lecturas y tareas, para luego levantarse de madrugada a las devociones matinales y servicios en su comunidad. Con un horario así, era comprensible su angustia cotidiana de no ser capaz de cumplir con todas sus obligaciones.

A lo largo de la carrera, en el quinto semestre, los estudiantes formulaban su proyecto de investigación, que podía elaborarse de manera individual o en equipos de hasta tres personas. En el caso de Aída, decidió plantear su problema de investigación en la primera modalidad y en el contexto de su trabajo didáctico como auxiliar de docencia. En el octavo semestre, y ya con el trabajo de campo de su investigación

realizado, Aída tuvo dificultad para asistir con regularidad a clases, debido a la enfermedad terminal de su papá, quien radicaba en un pueblo de el Estado de México, y ella eligió permanecer con él para atenderlo en sus últimos días.

En el mes de diciembre, ya en las semanas de evaluación, Aída regresó a Guadalajara con la esperanza de salvar el semestre. En algunas asignaturas había quedado sin derecho a examen por inasistencias. En el caso de investigación, debía presentar el avance correspondiente en su proyecto. Ella habló conmigo, su problema era que no podía pagar el extraordinario. Decidí apoyarla y solventar el costo, entregándole la boleta de pago ya cubierta. Esto la animó y se dedicó a trabajar, día y noche, para sistematizar la información de campo que ya había recabado.

Logró entregar el avance en su proyecto, acreditar la asignatura y el octavo semestre. Las dos lo festejamos, ella por haber culminado con éxito su esfuerzo, y yo, porque nunca antes había tenido un estudiante en extraordinario y esto era para mí un motivo de preocupación.

Ya resuelto el obstáculo académico, Aída se dio un tiempo para vivir el duelo por la muerte de su padre y resolver una crisis acerca de su verdadera vocación. Decidió que quería dedicar su vida a la docencia, más que al servicio religioso. Cuando llegó el momento, optó por no renovar sus votos y abandonar la vida en su comunidad. En los meses siguientes, me sorprendió ver una Aída renovada, fresca; no sólo porque había dejado de usar el tradicional hábito de monja, sino porque tenía una actitud relajada, de aceptación y confianza en sí misma.

Con mayor claridad en sus propósitos, consiguió un empleo de auxiliar docente en otra escuela, terminó la carrera en Ciencias de la Educación y obtuvo su título profesional con un excelente trabajo de investigación acerca de las estrategias didácticas de apoyo a los estudiantes en situación vulnerable. Lo que actualmente se denomina, alumnos que enfrentan barreras para el aprendizaje y la comunicación.

Pasaron algunos años. Estaba buscando cambiar de escuela a mi hijo. Por recomendación, llegué a un colegio de educación primaria que incluía el club de tareas, lo cual me resultó interesante. Inscubí a mi hijo en quinto grado, y gran sorpresa me llevé el primer día de clases,

al descubrir que la maestra era Aída, mi exalumna de la universidad. Haciendo honor al significado de su nombre –la que ha de volver – retomamos la relación de amistad que habíamos construido a lo largo del tiempo de sus estudios.

Pude experimentar de primera mano, el apoyo que como maestra brindaba a cada uno de sus alumnos, durante el horario de clases y en el tiempo extra del club de tareas. Diseñaba las adecuaciones curriculares pertinentes con base en el diagnóstico del perfil de cada alumno. Integraba pequeños grupos con la figura del monitor e implementaba el trabajo por proyectos integradores, que había conocido en la universidad. Durante quinto y sexto grados, Aída permaneció como maestra del grupo y llevó a efecto las estrategias didácticas de apoyo a la diversidad que, además, resultaban acordes con el modelo de inclusión educativa que caracterizaba al colegio.

Al concluir la primaria, en la fiesta de graduación, mi hijo se sentía feliz y a la vez triste por la despedida de su grupo y su maestra preferida. Ambos le expresamos a Aída nuestro agradecimiento y yo la felicité sinceramente porque había sabido integrar los aprendizajes de la universidad con la innovación de su práctica docente.

Tiempo más tarde, cuando mi hijo cursaba el último grado de secundaria en el mismo colegio, recibimos la triste noticia del repentino deceso de Aída, debido a un coma diabético. Quedamos perplejos. Tenía sólo treinta años. Desafortunadamente, había desarrollado la misma enfermedad de su padre. Con gran tristeza, mi hijo y yo asistimos a su sepelio, para darle el último adiós.

Aída fue una alumna especial de quien aprendí la entereza y valentía para reconocer la verdadera vocación y hacerla motivo de vida. Logró formarse como maestra, desarrollando un gran sentido pedagógico para atender la diversidad de necesidades de aprendizaje de sus alumnos y reconocer el carácter único de cada niño y niña, en un grupo escolar. Su vida fue muy breve, pero dejó huella en las personas que la conocimos. Siempre la recordaremos con gratitud.